

PLIEGO

A photograph of a man with a beard and a cross painted on his forehead, smiling and being embraced by another person. The man is wearing a dark jacket and a colorful scarf. The background is blurred.

Vida Nueva
2.975. 6-12
FEBRERO DE 2016

Testigos de la Misericordia al ritmo del Evangelio CUARESMA 2016

FERNANDO CORDERO MORALES, SS.CC.
Pastoralista en el Col·legi Padre Damián (Barcelona)

El tiempo de Cuaresma que iniciamos el Miércoles de Ceniza, 10 de febrero, es una oportunidad privilegiada para entrar en el Corazón de Dios. El papa Francisco, en el libro *El nombre de Dios es Misericordia*, hace hincapié en esta imagen del Padre que abraza, acoge y perdona: “Dios es misericordia, Dios es misericordioso. Para mí, este es realmente el carné de identidad de nuestro Dios”.

En consonancia con el evangelio de los domingos de Cuaresma, entraremos en los sentimientos del Hijo, en este itinerario que nos llevará hasta su generosa donación. Es emocionante.

I. MORDER EL POLVO DEL DESIERTO

Comenzamos el primer domingo cuaresmal pisando fuerte, con un evangelio que despierta nuestros posibles letargos y nos pone en clave de conversión, renovación y búsqueda de la voluntad de Dios, en medio del desierto que, en muchas ocasiones, nos ofrece la propia vida y que es un lugar necesario en la experiencia espiritual. Como expresa Madeleine Delbrêl, “vaya donde vaya el hombre, incluso al desierto, ha de hacer allí su desierto”.

A lo largo de la vida existen muchas formas de ser llevados al desierto por el Espíritu, como lo fue Jesús (cfr. Lc 4, 1-13): una enfermedad larga o agresiva, la soledad, una depresión, una ruptura familiar o una situación laboral difícil que amenaza la seguridad económica, acompañar el dolor insoportable de ver sufrir a quienes amamos, una muerte por accidente que nos conmueve hondamente, el desarraigo de la tierra natal propio de los emigrantes, la impotencia ante la injusticia. Para otros será un drama interior: el dominio de las adicciones, la sensación de que todo aquello por lo que apostamos se viene abajo, el olvido de personas que son importantes para nosotros. Y tantas otras maneras de emprender la travesía en el desierto. No tenemos más remedio, hemos de recorrerlo ligeros de equipaje. No es el final del camino, sino una etapa que

hemos de transitar, porque no estamos hechos para instalarnos en la angustia y el sufrimiento.

Para algunas personas el desierto no es etapa, sino parte demasiado protagonista de la propia trayectoria. Parece dar el sentido o sinsentido último de la vida. Así lo expresa Touria Dahmani, una residente del Llar de Pau en Barcelona, donde habitan veinticinco mujeres en riesgo de exclusión social amparadas por las Hijas de la Caridad. En su poema *La verdad* nos muestra el desgarró de los que han anclado, sin más remedio, su travesía en el desierto:

*Siento la verdad dentro de mí,
tengo miedo a la vida,
no tengo fuerzas para intentarla cambiar.
No puedo caminar sola,
necesito un abrazo suave
y una voluntad fuerte.
Me abro pero el mundo me encierra.
Y tengo un sueño,
pero cuando abro los ojos,
cuando despierto,
solo hay la nada
y vuelvo a mi mundo,
el mundo de la verdad.*

Nuestro ir al desierto no puede olvidar la solidaridad con los que se hallan enclavados permanentemente en él, como condenados a estar forzados por el castigo cruel y rutinario.

**El desierto no es
el final del camino.
No estamos hechos
para instalarnos
en la angustia
y el sufrimiento**

Vaciamiento de sí

El camino aventurado y fascinante del beato Carlos de Foucauld nos muestra las maravillas de quien se ha dejado conducir al desierto y descubre allí la acción de Dios sintiéndose hermano universal: “Hay que pasar por el desierto y quedarse para recibir la gracia de Dios: allí uno se vacía, aleja de sí todo lo que no es Dios y vaciamos completamente nuestra alma para dejar todo el lugar a Dios solo. Es un tiempo de gracia. Es un período por el cual toda alma que quiera dar frutos debe pasar necesariamente...”.

Carlos actualiza la profecía: “La llevaré al desierto y le hablaré al corazón” (Os 2, 16), convirtiendo el desierto en un lugar privilegiado de encuentro personal y de escucha de la Palabra. Quiere seguir apasionadamente las huellas del Señor, parecésele en todo. Por eso, su existencia no fue nada extática, por lo que lo encontramos siempre mordiendo el polvo de los caminos y del desierto, siempre queriendo vivir enraizado en el Corazón de Jesús y llegar así al corazón de sus gentes. Instrumento en las manos de Dios: *Padre, me pongo en tus manos. Haz de mí lo que quieras...*

Lo magnífico enmascara un infierno

En el desierto, Jesús fue tentado porque fue por la vida como “uno de tantos”. Esto quiere decir que fue tan sujeto de necesidades como cualquiera de nosotros; sin embargo, tuvo la lucidez de desenmascarar trampas porque estaba “des-centrado” de sí y referido radicalmente al Padre.

Se le aparecieron realidades en apariencia muy atractivas, que pretendían seducir su voluntad y su misión última. Ir al desierto es también tener la valentía de dejar que Dios actúe, de vaciarnos de lo que no es de Él y nominar los espejismos que pueden atrapar lo mejor de nosotros mismos. Ante lo engañoso del Tentador, el Maestro se deja guiar por la Palabra que circula por su organismo como expresión de su intimidad más íntima. Lo sintetiza con agudeza Dolores Aleixandre: “Frente al ídolo del poder y del tener, Él se mantiene en pie; frente al deseo de utilizar su condición de Hijo en su propio beneficio, elige el camino de la



obediencia; frente al discurso del éxito y la fama, Él elige el del servicio”.

El sacerdote **Pablo Domínguez** lo explicaba en los últimos ejercicios espirituales que predicó a las monjas cistercienses de Tulebras (Navarra), antes de morir en el descenso del Moncayo: “Como somos tantos y tan diversos, el Señor nos mostró las tres tentaciones típicas en las que están todas incluidas. Elegir: esto es la vida. Cada día nuestro es volver a decir que sí a Dios, elegirle a Él ante circunstancias muy diversas”.

No es fácil mantenerse en pie como Jesús en su “sí” incondicional al Padre. Basta con que miremos tantos casos de corrupción en la vida social y política, realmente desalentadores porque alimentan los beneficios de unos pocos ignorando las carencias de los más desprotegidos. Incluso los más cercanos al Maestro están próximos a la tentación del poder, de tener un nombre, un buen puesto, ser gente importante. No, no, no va por ahí el camino de Jesús. Lo nuestro es servir. La fe nos lleva al servicio, y el servicio de los amigos de Jesús brota de la fe.

El jesuita **José María Rodríguez Olaizola** define magníficamente la tentación: “Aquello que parece magnífico, pero que enmascara un infierno, porque sus consecuencias terminan siendo terribles”. Terribles porque nos arrastran a lo peor de nosotros mismos o a privarnos de la propia libertad, subordinados a las más diversas ataduras. Tentaciones de ayer y de hoy, que

Los seguidores de Jesús aceptamos la vida en lo que tiene de dolor, esfuerzo, camino, pero sin añadir más dureza

tocan dimensiones fundamentales de la persona humana: el tener, el poder y el ganar. ¿Quién no se ha sentido tentado nunca por ese tipo de ansias? Jesús pudo sortear esas pruebas del desierto, y lo hizo porque tenía muy clara cuál era su meta: amar. Quien ama, se ríe de las tentaciones, porque está en otra onda. El que vence la tentación se ve rodeado de la alegría rebotante del corazón que siente que su vida es “de” y “para” Dios. La Cuaresma es un tiempo de pruebas y de gracia.

Jesús nos da señales de sobra con su actuar, en consonancia con su misión de hacer presente el reinado de Dios. Nos muestra un camino de liberación parecido al que un mudo puede experimentar cuando recupera la voz. El que se expresa tras un tiempo de privación se siente una persona completamente nueva y reintegrada en la comunicación con su entorno. Sin embargo, a pesar de todos estos signos, siempre surgen los “peros” a la acción del Señor. La incredulidad, la falta de radicalidad, la indiferencia,

el compromiso “líquido” o *light* nos llevan al conflicto y a la división existencial. Por un lado, Jesús nos fascina; por otro, tratamos de reducir los efectos de su influencia con el relativismo o con la rebaja de nuestro compromiso. La Cuaresma es tiempo para afrontar la lucha de nuestro interior, para que no quedemos contaminados por el mal y nos adhiramos a la seducción de Jesús.

II. ENTRE EL TAVOR Y LO COTIDIANO

En el segundo domingo de Cuaresma subimos con Jesús a la montaña a orar. Es en la oración donde acaece la transfiguración, un anticipo del Cristo glorioso. Podríamos pensar con la mentalidad práctica actual si era necesario que se pusiera a rezar. Sin embargo, es precisamente su oración la que nos revela su verdadera identidad. Es el Hijo que se recibe plenamente del Padre, y nos recibe con Él. Así lo afirma **Jean Lafrance**, un maestro espiritual para nuestro tiempo: “Su oración es la expresión de su ser y nos lo revela. Debemos, pues, aprender de Él la oración, o mejor todavía, dejar que Él ore en nosotros”.

El pasaje de Lc 9, 28b-36 es, además, escuela de escucha. **Pedro, Juan y Santiago** están invitados por el Padre a escuchar con toda su persona: “Este es mi Hijo, el escogido, escuchadle”. Es difícil vivir sin una luz que ilumine nuestra existencia, que pueble de sentido nuestros oídos, que caldee nuestros corazones y nos lance al compromiso.

El religioso camilo **José Carlos Bermejo** nos indica cómo se aprende a escuchar, la primera actitud de los cristianos: “Capacitándose en el arte de hacer silencio interior, pasa por la disposición a centrarse en el otro, poniéndose a sí mismo entre paréntesis, aprendiendo a manejar los sentimientos que produce el encuentro con la alteridad, especialmente el encuentro con la vulnerabilidad ajena”.

Ponernos en el lugar de Jesús, en ese momento de transfiguración, de luz, de felicidad. Y también en ese anuncio de su muerte en Jerusalén, sin quedarnos dormidos. Podemos decir que la vida cristiana es una experiencia en dos tiempos: es un proceso de transfiguración en el que está presente el componente



de entrega, de sufrimiento, de compromiso. Felicidad y esfuerzo, Tabor y Calvario. No podemos potenciar solamente una de las dos dimensiones. Los seguidores de Jesús aceptamos la vida en lo que tiene de dolor, esfuerzo, camino, pero sin añadir más dureza a la existencia. Después de la escucha, hemos de permanecer en el silencio ante el Misterio de lo que acontece y se desarrolla en la experiencia propia del Pueblo de Dios.

Escuchar a Cristo y al Pueblo

El beato Óscar Romero desarrolló la sensibilidad de escuchar a Cristo y al Pueblo. Antes de hablar, escuchaba a su pueblo. Pero no escuchó para paralizar sus opiniones, sino que las tomó en cuenta muy seriamente. Su última carta pastoral la escribió tras hacer un proceso de consulta con las comunidades cristianas. Así lo comenta él mismo: “Y a esto se junta la madurez de nuestra arquidiócesis, a la cual he consultado para escribir esta carta pastoral. Yo saludo en ustedes esa madurez, esa audacia, esa opción preferencial por los pobres, esa riqueza de ideas que ustedes me han dado en esa

consulta” (Homilía del 6 de agosto de 1979). Esta manera de proceder sigue siendo un desafío para la Iglesia hoy, y para cualquier cristiano que vive su fe en comunidad, en el ámbito familiar o laboral. Escuchar a los otros atentamente y tomarlos en cuenta.

Cuando no se toma en serio la realidad, el clamor de los pobres y la transfiguración del pueblo, la Iglesia puede caer en la tentación de quedarse “en las nubes”. El arzobispo Romero nos recuerda, igual que Jesús, que hay que “bajar”, para encarnarse en los problemas del pueblo y contribuir a transfigurarlos: “Es muy bonito vivir una piedad de solo cantos y rezos, de solo meditaciones espirituales, de solo contemplación. Ya llegará eso en la hora del cielo, donde no habrá injusticias, donde el pecado no será una realidad que los cristianos tenemos que destronar. Ahora, les decía Cristo a los apóstoles contemplativos en el Tabor, queriéndose quedar allí para siempre, bajemos, hay que trabajar” (Homilía del 19 de noviembre de 1978).

Bajar de la nube de la autosatisfacción

Hay mucho camino que recorrer, mucho por hacer. No podemos quedarnos de brazos cruzados adelantando la gloria sin pasar por la cruz. No podemos desconectarnos de la realidad de cada día amparándonos en la “música celestial”. Con gran acierto lo expresa Luis Juanós, monje de Montserrat: “No hay cielo ni tierra prometida para los que viven en la nube de la autosatisfacción, ignorando a los demás, para los que suspiran por el cielo despreciando la tierra, y quieren llegar al cielo sin transformar el mundo rehuyendo el ruido de la vida cotidiana”.

Subamos, pues, en este tiempo de Cuaresma a la montaña a orar, con Jesús, para tener la experiencia de su gloria y así poder afrontar los desafíos del día a día en el duro camino hacia la cruz. Necesitamos instantes de transfiguración: contemplar su luz resplandeciente que venza nuestra mirada miope y gris. Luz que ilumine la oscuridad que a veces parece envolver la realidad y el transcurrir diario. Y luego bajar del monte, porque lo nuestro no es estar arriba, sino abajo; no quedarnos en las nubes,

sino convivir y comprometernos con los peregrinos de la tierra.

Pero no olvidemos las señales de Jesús, su invitación a que vayamos a lo esencial: el Padre. A veces nos da reparo hablar de Él, no tanto de los pobres, del compromiso o de hacer cosas por los demás. Todo ello está ciertamente genial y es lo que debemos hacer. Pero sin olvidarnos de esos ratos de monte Tabor, de encuentro profundo que ensancha el alma y nos hace tender hacia un horizonte de esperanza ilimitado. Jesús nos señala al Padre. Jesús siempre nos ayuda a alcanzar la meta. Su orientación es auténtica, porque vive de la voluntad del Padre, está “agarrado” por el Abba. Entremos en las “señales” de Dios, respetémoslas, así seremos conducidos a la alegría de un Tabor sin fin, hecho de compromisos y gestos concretos, pero con Dios como fuente y fin.

III. TIEMPO DE PRÓRROGA Oportunidades y goles

Dios no se cansa de darnos oportunidades. Esto nos llena de esperanza. Siempre cabe la posibilidad de responder positivamente a su plan. Pero, claro, hay que hacer algo por crecer y abrirse al abono con el que el Señor pretende sacarnos adelante. Necesitamos tiempo para madurar y dar fruto, para convertirnos y cambiar la mentalidad del corazón. Dios nos da una buena prórroga para que salgan brotes verdes de nuestra



higuera un tanto marchita en el tercer domingo de Cuaresma (cfr. Lc 13, 1-9). Aprovechemos tantos momentos, personas, circunstancias que se nos brindan para desarrollar nuestra capacidad de acogida, de compromiso, de crecimiento espiritual. En los tiempos de prórroga, como sucede con los partidos de fútbol, puede haber sorpresas: ganar el partido y marcar un buen gol a nuestro egoísmo.

Jesús nos muestra cómo debemos juzgar los acontecimientos históricos, a raíz del asesinato de los galileos o de los que murieron aplastados por la torre de Siloé. Los fariseos veían en cada desgracia un castigo por los pecados. No hay que fijarse en los demás, sino en nosotros mismos. Moriremos si no nos convertimos, si no cambiamos de rumbo, si no reconocemos que nos hemos enemistado con el Señor. Conversión no es solo ver y reconocer, también es decidir. “Me decido a vivir de otra manera –afirma **Anselm Grün**–, a vivir de modo que se exprese la voluntad de Dios y mi propia naturaleza”. La condición necesaria para el éxito en la vida es la conversión.

Jesús compara la vida estéril de una persona con una “higuera que no da fruto”. **José Antonio Pagola** formula preguntas muy directas: “¿Para qué va a ocupar un terreno en balde? ¿Qué sentido tiene vivir ocupando un lugar en el conjunto de la creación si nuestra vida no contribuye a construir un mundo mejor? ¿Qué significa pasar por esta vida sin hacerla un poco más humana?”.



Dios no se cansa de darnos oportunidades.

Esto nos llena de esperanza. Siempre podemos responder positivamente a su plan

Proceso de maduración

Son preguntas que nos remueven y nos llaman a la conversión. La conversión supone también la maduración. ¿Qué sentido tiene una higuera sin fruto? Podríamos compararla con una fotografía en blanco y negro al lado de una en color, con algún producto sucedáneo o con una fotocopia del original. A la higuera sin fruto le falta su proceso de maduración.

Este proceso lo descubrimos en la vida de san **Camilo de Lellis**. Su pasión por los juegos de azar le arrojó a la ruina. Así nos cuenta uno de sus primeros biógrafos su conversión: “¡Ah, mísero e infeliz de mí, qué gran ceguera la mía por no conocer antes a mi Señor! ¿Por qué no he dedicado toda mi vida a servirle? Perdóname, Señor, perdona a este gran pecador”.

Después, Camilo dedicaría todas sus energías a los enfermos, poniendo en ello toda su pasión. En una ocasión, a un religioso que se había enfadado con un enfermo le llamó la atención: “Más corazón en esas manos, hermano”. Daremos fruto si ponemos corazón en las manos, a fondo perdido.

Monseñor **Juan del Río Martín**, arzobispo castrense, en *Santidad y pecado en la Iglesia* (BAC, 2015), recoge una cita de san **Juan de Ávila** que nos invita a la paciencia en ver los frutos: “Agora es tiempo de sembrar, de trabajos, de pasar heladas, tormentas y trabajos, hasta que llegue el tiempo del coger. ¿Cuándo es o será tiempo del coger? Cuando hobiere pasado el invierno de este mundo y viniere el verano del cielo... Entonces viene para los justos el tiempo sereno, el tiempo alegre y regocijado, cuando cogerán sus frutos no de la tierra sino del cielo”.

¿Vislumbremos ahora cuánta paciencia tiene el Señor con nosotros! Como el jardinero que no quiere que se pierdan ninguna de sus plantas, así también actúa para que no perdamos la oportunidad de poder crecer, desarrollarnos, darnos cuenta de la fe que recorre nuestras venas. El

Padre nos protege, nos riega y cuida. Respeta nuestro ritmo, para que podamos despertar y algún día dar fruto. Pero no podemos beneficiarnos y echar en saco roto su ayuda.

Aprovechemos que el Señor está a nuestro lado para continuar nuestro crecimiento y que nuestra vida dé fruto abundante cuando sea oportuno. Él nos brinda cada día mil oportunidades para crecer. No seamos perezosos y continuemos nuestro proceso vital, tan entroncado en la fe. “Permanecer” en el amor afrontando la dificultad y todo lo que resulte imprevisible, frustrante, conflictivo y fatigoso. Dar fruto al final es el don total de la vida por amor, anclada en un horizonte de valores que escapa a la imaginación. De ahí que recuerde **Gianni Cucci** que “un buen novelista quizás podría inventar un personaje como el padre **Damián**, que vivió y murió entre los enfermos de lepra de Molokai, pero para ser Damián se requiere una visión de la vida que dé sentido a una vida semejante. Otro ejemplo sería el padre **Kolbe**”.

IV. SIN MISERICORDIA NO ES POSIBLE

Adolfo Chércoles hace una sugerente exégesis de la parábola del hijo pródigo, correspondiente al cuarto domingo de Cuaresma, destacando la actitud misericordiosa del Padre frente a sus vástagos, en el contexto del Jubileo de la Misericordia. El padre tiene dos hijos que desconocen su corazón, lo más esencial y específico de su persona. El menor recibe la herencia y corta la relación con su progenitor, hasta que, de una manera interesada, regresa a casa hambriento y con la dignidad prácticamente perdida. El padre no le reprocha, hace fiesta, le devuelve sus atributos de filiación. El padre le mira de una manera única, que genera la emoción y la alegría del que la percibe: “Lo vio y se conmovió”. No como miramos nosotros. Con fuerza insiste el carmelita **Miguel Márquez** en esta verdad: “Necesitamos unas vacaciones de nosotros mismos, y

TESTIGOS DE LA MISERICORDIA AL RITMO DEL EVANGELIO

la Iglesia necesita unas vacaciones de predicarse a sí misma, para predicar esa mirada única que hace que la vida de cualquier ser humano se sienta feliz de ser él mismo”.

Con la humildad de quien sabe que no es digno de ser llamado “hijo”, podemos decidirnos también nosotros a ir a llamar a la puerta de la casa del Padre: ¡qué sorpresa descubrir que Él está en la ventana mirando el horizonte, porque espera siempre nuestro regreso! “Cuando todavía estaba lejos, el Padre lo vio y conmovido corrió a su encuentro, se echó a su cuello y lo besó” (Lc 15, 20).

Tenemos por delante un gran reto pastoral en el anuncio del Evangelio, que ha de constituir –como subraya **Carmen Pellicer**–, especialmente para los adolescentes y jóvenes, “una verdadera provocación de experiencias del reino que les inviten a esa vuelta antropológica al encuentro con Aquel que se conmueve al mirarnos con un amor incondicional”.

Al llegar el hijo mayor y enterarse de lo sucedido y, sobre todo, de la actitud benevolente del padre, se siente “ofendido”: su “fidelidad” a ultranza parece no haber servido de nada. Mientras él no ha recibido ni un “cabrito”, la vuelta del disoluto ha llegado al extremo de mandar que se mate hasta el “ternero

cebado”. La actitud del hijo mayor es censurar al padre su generosidad, su inmensa misericordia. ¿No es quizás la actitud que hubiésemos tenido nosotros? Nuestra relación con los demás no es recuperadora, sino competitiva y excluyente. Nuestra “justicia” empieza y se acaba en nosotros mismos. Es incompatible con la misericordia. ¡Todos hubiésemos dicho, con el hijo mayor, que el padre aquel no era justo haciendo lo que había hecho!

¿Fue “injusto” el padre? Su salida en busca del “bueno”, porque no quería entrar a la fiesta, es el momento aciago de la escena. Claramente le dice al padre por qué no quiere entrar: se siente discriminado, él tan cumplidor, “y ahora que ha venido ese hijo tuyo...”. ¡No dice “mi hermano”! ¡Es incapaz de llamar a su padre “padre nuestro”!

**No hay mejor oración
que la de aquellos
que,teniéndolo a Él
como centro,
se desbordan en
servir a los demás**

La desventura del padre es su impotencia ante la negativa de uno de sus hijos de disfrutar en una fiesta por la recuperación de “este hermano tuyo que estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado” (Lc 15, 24). ¡No hay posibilidad de encontrarse con este Padre sin sentirse hermano de su otro hijo, que está llamado a la recuperación! La parábola no nos dice si entró. ¿Estamos nosotros dispuestos a entrar? Posiblemente la escena evangélica tenemos que culminarla nosotros, y parece que sin misericordia no es posible.

“Manga ancha”

Esta mirada incondicional la cultivó en el siglo XX san **Leopoldo Mandic** en Padua, donde siente que es “el confesor de la misericordia de Dios”. Algunos le reprochaban que era demasiado “blando” o que tenía mucha “manga ancha” con los pecadores. Él solía repetir: “Mi inspiración es el padre de la parábola del hijo pródigo”. ¿No es maravilloso?

El fraile menudo tuvo muy claro que, ya seamos como el pródigo o como el hijo mayor, lo significativo es sentirnos hijos del padre misericordioso. Somos sus herederos, sus sucesores. Estamos destinados a seguir sus huellas y ofrecer a los demás la misma compasión que nosotros hemos recibido de Él. El retorno al padre es, para **Luciano Sandrin**, “la gracia y el desafío para llegar a ser el Padre, aquel que acoge en sus brazos a los pecadores arrepentidos, perdonándolos y reconciliándose con ellos, y hasta anticipándose a sus excusas”.

Animo a leer o releer durante estos días cuaresmales *El regreso del hijo pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt* (PPC, 1994), del sacerdote belga **Henri J. M. Nouwen**. La pintura pasó a ser para él una ventana desde la que releer no solo la parábola, sino las diferentes etapas de su existencia. Un buen ejercicio cuaresmal puede ser releer en esta clave las fases de nuestra vida: la experiencia de ser el hijo más joven, la molesta pregunta sobre si no seré también el hijo mayor, la llamada que más nos desconcierta: ser el propio padre. Ahora es momento de regresar:



Regreso.
 No sé bien de dónde:
 ¿de la escasez y de la vergüenza,
 o quizá de creer que lo merezco todo
 sin reconocerte mínimamente?
 Regreso para comprobar de nuevo
 tu abrazo sincero,
 tu acogida incondicional
 de Padre bueno.
 Regreso a la fiesta del encuentro.
 Vengo con vergüenza,
 sé que no lo merezco
 pero estoy tan vacío
 que casi loco me he vuelto.
 Regreso.
 Fui demasiado altivo,
 me creí el centro del mundo
 y ahora compruebo
 que solo Tú eres mi único rumbo.
 Regreso.
 Quiero abrazarte
 y abrazar a mi hermano.
 Da lo mismo el sentido de nuestro pecado,
 nos alejamos de Ti
 y ahora reconciliarnos es pura alegría,
 que une la separación
 gracias a un misterioso vuelco:
 el de tu misericordia y tu amor.

V. UN ESPEJO PARA LIBERARNOS

En el tramo final de la Cuaresma, el evangelio de la mujer pecadora (cfr. Jn 8, 1-11) pone a Jesús contra las cuerdas. Los fariseos utilizan este caso para tenderle nuevamente una trampa. A ellos no les importa la mujer, simplemente es una pelota en sus manos para ir a destruir su objetivo y poder acusarle según la respuesta que dé el Maestro. Si Jesús se pone del lado de la mujer, entonces está en contra de la ley. Y entonces tendrán una razón más que suficiente para denostarlo como profeta y como Mesías. Pero si se coloca en contra de la mujer, contradice su propia doctrina del perdón. Jesús no se deja acorralar: actúa desde su indiscutible libertad interior.

Jesús hace algo muy simple y sabio: deja estar a los acusadores y le da la vuelta a sus propios pensamientos. El pecado de la mujer se convierte en un gran “espejo” en el que cada uno ve reflejada su propia debilidad. La barrera de seguridad desaparece, los acusadores se ponen al nivel de la acusada. Jesús les obliga a que se sitúen en su propia verdad y a que permanezcan en ellos mismos, en lugar de proyectar sus propios deseos sexuales hacia la mujer y desviarse de sí mismos. Él se inclina



y escribe con el dedo en la tierra. No “vigila” el reconocimiento de sus pecados. Respeta a la persona y a cada persona, sin echar nada en cara. Ellos mismos han vivido el fuerte contraste con su pecado y su realidad.

Lo que entorpece el perdón

Quizá Jesús tenía en mente al profeta Jeremías: “Los que se apartan de ti serán escritos en el polvo, porque abandonaron al Señor, manantial de agua viva” (Jer 17, 13). Se trata de un comportamiento alegórico, que muestra a los fariseos cuánto han abandonado ellos a Yahvé, el verdadero Dios, el manantial de agua viva, y cómo se han entregado a la letra de la ley. Esta reflexión enlaza con el texto precedente, que nos remite al encuentro de Jesús con la samaritana (Jn 4, 1-42). Él ha hablado de una fuente de agua viva que brota en su interior y en el de todos los que creen. Quien no cree se reseca y se vuelve duro de corazón.

Al final, Jesús se queda solo con la mujer. San Agustín dice de esta imagen: “Los que se quedaron fueron dos, lo digno de misericordia y la misericordia”. Los pobres y quien tiene un corazón para ellos. Perdona a la mujer y la anima a que no peque más: “Tampoco yo te condeno. Puedes irte, y no vuelvas a pecar” (Jn 8, 11). No la obliga al remordimiento como tarea contra

su autoestima, sino que le da confianza y seguridad en el camino futuro. La libera para proyectar una vida nueva.

Solo Dios puede perdonar porque solo Él es rico en misericordia. Contrastémoslo con nuestra manera de perdonar, como hace Josep Otón en *La mística de la Palabra*: “Cuando nosotros nos proponemos perdonar a alguien, tenemos que enfrentarnos a nuestras emociones –el miedo, la rabia, la envidia o la amargura–, que entorpecen nuestra decisión. O, por el contrario, podemos hacerlo desde un cierto sentimiento de superioridad, disculpando los errores ajenos por haber sido cometidos desde el desconocimiento, la debilidad o la indolencia”.

“Podría haber sido una de ellas”

Santa María Micaela del Santísimo Sacramento proclamaba en el siglo XIX: “La caridad todo lo sufre, todo lo tolera, lo juzga bueno y de nadie piensa mal”. Mujer de la alta sociedad madrileña de su época, a pesar de la oposición de su familia, comienza a trabajar y devolver la dignidad a las mujeres más marginadas de la capital. La santa tendrá que vender su caballo y empeñar sus joyas, su vajilla y su equipaje para poder sostener la casa de mujeres que ha abierto, embrión de la Congregación de las Adoratrices. Poco a poco, acostumbrará a las

TESTIGOS DE LA MISERICORDIA AL RITMO DEL EVANGELIO

residentes a trabajar para que se ganen la vida honradamente con los oficios de su tiempo: coser, guisar, planchar, bordar, hacer guantes, e incluso con la música. También las enseñará a leer y a escribir.

Hoy esta labor la continúan sus religiosas. Ellas saben bien, por experiencia, que mirar hacia el futuro con optimismo y esperanza, a pesar de las experiencias traumáticas que han sufrido, es una de las características de las mujeres supervivientes de la trata. Ofrecerles una relación de aceptación incondicional constituye la clave para favorecer sus procesos de crecimiento y desarrollo personal.

Así lo testimonia una mujer moldava que participa en el Proyecto Esperanza de las adoratrices: “Después de todo lo que he vivido estoy bien, intento no recordar todo lo que ha pasado y me encuentro muy bien. He conseguido lo que quería, sé que soy libre y puedo hacer lo que me gusta y nadie me puede hacer daño y herir. Lo he conseguido luchando, intentando olvidar el pasado y vivir el presente, trabajar, hacer cosas que me gustan”.

VI. TIEMPO DE PROFETAS

Normalmente, en nuestras comunidades cristianas cuidamos la práctica de la caridad, la oración y celebración de los sacramentos, la formación, pero hay un aspecto esencial que suele costarnos más: la dimensión profética. Nadie es profeta en su tierra. Ni el propio Jesús. Pero Él no renunció al anuncio, la búsqueda de la verdad, la denuncia, alzar la voz por los pobres, clamar contra las injusticias del pueblo. El profeta puede incomodar, cosa excelente para que nuestros corazones no se aburguesen o amolden al orden establecido, que resulta más arrollador que las propuestas radicales de los que se dedican a anunciar la Palabra. Si queremos acoger a los profetas, hemos de vivir desde la fe y dejarnos contrastar por ellos. No ahoguemos las profecías con nuestra mediocridad y conformismo. Es hora de buscar profetas o, por lo menos, cultivar esa dimensión en nuestro compromiso personal y comunitario.

Un gran profeta de nuestro tiempo ha sido el arzobispo Óscar Romero.



Su palabra sigue resonando con fuerza para que las *ronchas*, las *ampollas* que ha de levantar la Palabra no queden suavizadas por una vivencia *light* de la fe: “Una Iglesia que no provoca crisis, un Evangelio que no inquieta, una Palabra de Dios que no levanta *ronchas*, como decimos vulgarmente, una Palabra de Dios que no toca el pecado concreto de la sociedad en que está anunciándose, ¿qué Evangelio es ese?”.

Necesitamos profetas que nos despierten de letargos y falsas rutinas. Necesitamos profetas que enderecen nuestras opciones y nos adentren en los planes insobornables de Dios. Necesitamos a Jesús. Él, además de profeta, es un maestro excelente. Sabe resumir y condensar magistralmente lo esencial. Su pedagogía va acompañada de su impecable manera de vivir las opciones tan claras que toma a favor del Reino. El test, a modo de *ITV* espiritual que nos propone y que nos viene como anillo al dedo para la Cuaresma, consiste en repasar los ítems de nuestra vida desde la tesisura del amor a Dios y el amor al prójimo.

Amar con pasión, hasta que nos duela, es más adecuado que abrazar sacrificios y holocaustos, porque no hay mejor oración que suba a Dios que la de los que, poniéndolo a Él como centro, se desbordan en servir a los demás. El tiempo de Cuaresma es una oportunidad para revisar nuestras normas y comportamientos. Ayuno, oración y limosna vividos en

el código del compartir, cercanía con Dios y solidaridad pueden ser vías de aproximación, cuando no hacemos de las normas una rutina que cansa y ahoga la entrega y la creatividad.

Necesitamos que nos salgan ronchas, Señor, que nos escueza el dolor de los que sufren, que nos pique la angustia de los abandonados, que nos contagies tu Amor por los que no cuentan. Necesitamos voces que alteren nuestra existencia, que griten tu Verdad, que sean portavoces del Evangelio, que nos agiten la sangre con una buena dosis de las bienaventuranzas de tu Reino. Necesitamos una Cuaresma de color morado, con esperanza de por medio, con mucha conversión, con vuelco del corazón, con osadía por ser más de Ti y menos de nuestra vida aburguesada. Necesitamos amar con el sudor de la frente y el esfuerzo de los brazos. Necesitamos que nos duela el amor, que nos cueste, que sea inversión de energías y canal seguro por el que pase el corazón. Necesitamos tanto, Señor, que si Tú no estás encima de nosotros no vamos a lograr que tanta picazón despierte nuestro letargo del yo y la fiesta del dar. Porque cuando nos demos, sin duda, todo cambiará. ●